

EL FUTURO

ESTA EN EL MAR

MARIO ARNELLO

Los hombres que se han detenido a pensar en el futuro de Chile, con visión y profundidad, han llegado a pensar que ese futuro está íntimamente ligado al mar. El mar será para los hombres tan necesario a su existencia, como lo es el aire y la luz, como lo es la tierra y la vegetación que existe sobre ellas. Tal vez, entonces, se comprenda en todo su significado, que el mar fue el origen de toda la vida, y que es precisamente en el mar, donde se encierra el sentido exacto del futuro de la vida del hombre.

En un libro, un autor comenta y destaca cómo un astronauta entusiasmado, gritaba desde el espacio que el planeta era muy bello y era muy azul. Y es que recién entonces, ese astronauta se percataba que el Planeta Tierra no es tierra, sino que es mar, que es fundamentalmente mar.

El 70% de la superficie del Planeta es Mar, es agua. Y, también por algún misterio ignorado, es la misma proporción que el hombre tiene: es un 70% agua, una solución salina, y sólo un 30% sólido. Pienso, que tampoco es por casualidad que la superficie del Planeta bajo la jurisdicción del Estado de Chile, sea, en un 70% también mar.

De este modo, si hemos de hablar del Planeta, hablemos del Planeta Mar: hablemos del hombre como un ser que es



más agua que carne; y hablemos de Chile como Nación Marítima. Esa realidad y destino exige entender, conocer, vivir y realizar la presencia del hombre en el mar. Conquistar el mar, es una empresa tan difícil como la de conquistar el espacio. El desafío de conquistar el mar, obliga a un esfuerzo gigantesco e integral que tiene que partir de la conciencia misma del hombre. Debe comprender su dimensión, su importancia, su trascendencia; usar todos los medios que su inteligencia es capaz de crear, la tecnología, la ciencia, los mismos vuelos espaciales, los sistemas modernos de comunicación, etc., etc., para poder llegar a saber lo que es este sistema fabuloso que el mar encierra. Hay una razón más para señalar la urgencia en este esfuerzo gigantesco: el desarrollo que tendrá la población en el mundo. Las cifras más moderadas de

desarrollo demográfico en la tierra, señalan que en 100 años más, se habrá triplicado la población del mundo. Y esos 11 mil o 12 mil millones de seres, no tendrán solución a sus urgencias y sus necesidades más apremiantes, si están limitados a lo que produzca la tierra. La erosión y la misma población lo impedirán. La única solución es lo que produzca el mar. Por su dimensión y, a la vez, por lo incontaminado del Pacífico Sur, este océano será la clave del futuro.

Para Chile, geográficamente dominante en el Pacífico Sur, ese futuro implica un difícil desafío.

Las lecciones de nuestro pasado nos señalan, claramente que Chile progresó y avanzó cuando lo hizo junto al mar, o en el mar; y que Chile se detuvo o sufrió debilitamientos o retrocesos, cuando volvió las espaldas al mar.

Nuestra historia nos enseña las lecciones de la creación chilena y también, por desgracia, nos muestra las duras lecciones del decaimiento y del debilitamiento de la nación chilena. Ejemplos, hay muchos. En algunos períodos tuvo conciencia del rol marítimo de Chile, que aparece contrastada, en otros, por la mentalidad opuesta. Al comienzo de nuestra vida independiente, cuando realmente aflora el sentido nacional, se crea el Estado en forma, y Chile avanza con

seguridad y firmeza mostrando su ser propio en el Continente Americano – que es justamente el período de la formación del Estado Portaliano, hace exactamente 150 años atrás–, la primera preocupación hacia el futuro que piensa Portales, es justamente hacer de Chile un país marítimo. De ahí nace la Ley de Protección a la Marina Mercante, los esfuerzos por desarrollar Valparaíso y también, en forma muy principal, la formación de la Escuela de Pilotos para hacer de los chilenos grandes navegantes. Portales comprende que Chile no tiene más destino que ser, justamente, la nación marinera de América, la Nación industrial de Sudamérica y el país rector en el Pacífico Meridional. Esa es la visión del futuro que Portales trata de dejar como herencia al pueblo chileno. Pero 30 años después, triunfa la ideología contraria. Entusiasmados por las ideas liberales que llegaban de Europa se destruye de una plumada todo el sistema. En tres años de los 267 buques que formaban la Marina Mercante chilena, no queda ninguno. En tres años, los teóricos trasplantados destruyeron la creación chilena que había tomado 30 años en progresar y en avanzar. Estas lecciones del pasado son algo consubstancial con la visión del futuro. Porque, no pensemos que una Nación puede tener distintos posibles destinos. Eso no ha sucedido jamás en la historia. Los únicos destinos posibles son: el de creación, de crecimiento o de grandeza; o el de frustración y decadencia. Pero no existen destinos alternativos. Chile, por consiguiente, tiene sólo un destino oceánico, o el triste destino de la

dependencia y de la subordinación. Al respecto, alarma constatar que, cuatro quintas partes de la población de Chile, vive realmente alejada del mar, en los valles internos o en el valle central. De los 4.200 kms. de costa que tiene nuestra Nación, sólo algunos puntos y algunos sectores de ella tienen la densidad de la población que corresponden a esos litorales. No hay caminos costeros que unan el litoral, unido, generalmente, por pésimas carreteras hacia el interior. Hay una verdadera limitación psicológica en el chileno para hacer del mar, caminos, o fuentes de recursos. En el mar, no trabajan directamente más de 110 mil chilenos, y somos 11 millones de habitantes. No obstante, tenemos, repito, 4.200 kilómetros de costa; dos veces más mar que tierra, forman la jurisdicción de Chile; y tenemos por delante 20 millones de km², en el Pacífico Meridional: y sólo el 1% de los chilenos dedica su trabajo directo a este Océano. Por eso, para comprender el futuro, tenemos que empezar por cambiar la conciencia, la mentalidad de los chilenos: para Chile, el mar es un sistema. Chile se extiende en tres continentes: tiene posesiones en la Oceanía: tiene un vasto territorio en la Antártica, y un territorio continental en América. La unidad geográfica nacional que se llama Chile, tiene en el mar el sistema que lo integra en sí mismo. El mar, es vía de comunicación, es vía de unión para las distintas partes de nuestra patria, y es vía, también para unir y comunicar a Chile con sus vecinos. El segundo punto, es la exigencia de educar para el

mar. Si las generaciones actuales pueden –con bastantes vacilaciones y dudas– llegar a tomar conciencia del mar, es necesario que la educación chilena tienda a educar a los niños para el mar, es decir, formarlos para el mar; para comprenderlo; trabajar en él y hacerlo producir. Pensaba, tiempo atrás, estando en Chiloé, que los niños de aquellas islas debieran aprender a conocer lo que era su mar y lo que eran los productos de su mar; salir de su educación básica, siendo capaces de poder construir con sus manos un bote a remo, por ejemplo, o una red; y salir de la educación superior, sabiendo construir un velero y navegarlo por ese mar interior de sus canales, islas y fiordos. El tercer punto es investigar el mar. La verdad es que el conocimiento que del mar se tiene, fundamentalmente se tiene por intuición, o por experiencias concretas que el hombre ha ido recibiendo. Lo que se hace, en realidad, son más bien prospecciones de lo que hay al alcance de la investigación actual. Cousteau señala que lo que se investiga, hoy día, en el mar, en ese espacio inmenso, en ese espacio “macro”, se hace con instrumentos “micro”. Entonces, no se sabe lo que es el Océano, sino que se sabe sólo lo que se encuentra en el punto exacto donde se está investigando. Trabajar en el mar, es una necesidad imperiosa para Chile. La falta de un trabajo nacional en esta actividad marítima, hace que estén constantemente deprimidas. El chileno ha tenido sostenidamente un proceso de debilitamiento en su vínculo con el mar; y el extremo llega en el consumo de pescado por habitante, que ha disminuido

en los últimos 30 años a cifras alarmantes: 4 kilos por habitante al año. Como comparación, basta señalar que en Japón, son 70 kilos por habitante al año.

La pesca artesanal tiene que multiplicarse a lo largo de todo Chile; pero, debemos saber cultivar el mar, en vez de explotarlo o depredarlo, como actualmente sucede.

La investigación y el trabajo en cultivos marinos multiplicarán las posibilidades de alimentación del hombre y de los animales que el hombre consume, con los productos del mar.

Trabajar en el mar, significa mirar, también, lo que el mar encierra en su fondo. Y justamente es en el Pacífico, que el fondo marino encierra el mayor porcentaje de riquezas minerales. En nuestras costas, en puntos cercanos a la Isla de Pascua, existe una posibilidad y una reserva de riquezas minerales para Chile.

Es necesario, en quinto lugar, proteger el mar. La realidad de ciertos mares revela la urgencia que existe en esta protección.

El Mediterráneo con sus milenios de historia y vida humana, tiene condiciones tan deterioradas que conserva poca vida en sus aguas.

La lluvia ácida, llevada por el viento desde la Europa industrializada y, probablemente desde la costa este de EE.UU. está afectando gravemente, las aguas del Atlántico norte y del Artico.

Es una amenaza mortal a la producción del Océano y puede destruir el último y gran recurso natural que existe para alimentar la sobrepoblación del mundo.

El sexto punto es vivir junto al mar.

La mitad de Chile debe vivir junto al mar. Vivir junto al mar significa corregir la tendencia catastrófica a

“El 70% del Planeta es Mar, misma proporción que conforma la estructura del Hombre. Pienso que tampoco es por casualidad que la superficie del Planeta que gobierna Chile sea en un 70% también Mar.”

concentrarse en una ciudad, que existe, en general, en todos los países no desarrollados del mundo y, particularmente en Chile. Santiago se ha tragado 50 mil hectáreas, muchas de ellas las mejores tierras agrícolas de Chile.

Esta tendencia catastrófica tiene en Chile mil explicaciones: el centralismo paralizante; las inversiones y sobre inversiones en el mismo punto; el abandono de las regiones; la mentalidad negativa del chileno, que los hace correr a buscar en otra parte lo que debería crear con su propio esfuerzo y creatividad, en su propio lugar; una educación ineficiente, etc. La solución, es corregir las causas de esta tendencia, impulsar e incentivar el desarrollo de las regiones.

El séptimo punto, es trascender a través del mar. El océano no aísla, no impide el acceso a otras latitudes. Por el contrario, el océano es franqueable, más que la tierra. Sin choques, sin roces, sin controversias, sin conflictos, el hombre puede

expandir su esfuerzo y llegar a todos los continentes. Y, particularmente, en el caso de Chile, a esas inmensas y densas costas del Asia. Los vínculos que nuestra nación fue capaz de crear, en la pequeña escala que permitían los medios a mediados del siglo pasado, hoy día tienen que intensificarse; y son, sin duda, el camino para que Chile pueda desarrollar todas sus posibilidades.

Este esfuerzo no sólo comprende las posibilidades propias de la producción chilena, sino, también, la de todo el sector de este gran hinterland del cono sur de América.

Chile está llamado a impulsar las medidas de sana integración que permitan llevar a cabo un esfuerzo conjunto de las naciones del cono sur de América, en este intercambio con las naciones del Asia. La posición de Chile, y de los puertos chilenos en este verdadero archipiélago continental que es nuestra Patria, pueden permitir realizar esta tarea.

La condición es que seamos eficientes, que se abran rutas expeditas y eficaces, y que exista también una adecuada política en estas materias.

Una vez más, en esta actividad, la Marina Mercante Nacional tiene que desarrollar un rol fundamental.

Un último aspecto, es el Rol Oceánico de Chile.

Este rol Oceánico de Chile, es una exigencia del futuro. Chile podrá mantener su identidad nacional en los siglos próximos, sólo en la medida en que asuma este rol y sea capaz de proyectarlo. El destino oceánico, pues, es una exigencia de la nacionalidad y de la supervivencia de nuestra cultura. Es, por eso mismo, la verdadera clave que Chile tiene para enfrentar su futuro. 